

LA ADOPCION FRANCA DEL BIMETALISMO

CONCLUIRA CON LA CRISIS MONETARIA.

Seguía el mundo comercial una marcha tranquila y próspera en el orden monetario, merced á la adopción general del bimetalismo en los países civilizados. Las monedas de oro y de plata circulaban á la par en el mundo entero, en la proporción de uno á quince y medio, fijada por Napoleon Bonaparte y aceptada por todas las naciones como una medida de conveniencia general; pues no se consigné en tratado alguno este acuerdo universal.

Ningún negociante, fuera cual fuese su origen, se preocupaba en manera alguna por la moneda con que debía hacer sus pagos en el exterior; pues teniendo oro ó plata amonedados, poco importaba que hubiesen sido acuñados en América ó en Europa para cumplir sus compromisos; porque con cortísima diferencia en todas partes tenían igual valor.

Los Gobiernos de Europa y de América recibían en sus oficinas fiscales las monedas de otros países con pequeñísimo descuento: no hace muchos años que, de tiempo en tiempo, se publicaban aquí, en México, las tarifas respectivas para el recibo en las aduanas marítimas y fronterizas de la moneda extranjera, de oro ó de plata, en pago de derechos.

El comercio por su parte, contribuía de la mejor voluntad á facilitar esta circulación universal, de la que sacaba gran provecho por el inmenso desarrollo que iba adquiriendo día á día el tráfico mercantil.

Este sistema monetario tan sencillo al par que completo, porque servía admirablemente para todas las transacciones comerciales, no era efecto de un empirismo tradicional, ni de teorías económicas más ó menos luminosas, sino el resultado de muchos siglos de experiencia, adquirida por la humanidad entera en su marcha tranquila y segura por la senda del progreso.

La ciencia estaba también de acuerdo con este sistema experimental; pues los más célebres geólogos, metalúrgicos y economistas habían confirmado con sus profundos estudios la bondad, la supremacía del bimetalismo sobre el monometalismo.

* *

Pero ese afán incesante de adelantar; ese prurito de ir siempre en pos de lo mejor; ese hipo insaciable de alcanzar el bello ideal, que en ocasiones descarría á los pueblos más cultos, hundiéndolos en la mayor desdicha, inspiró á algunos economistas la idea desastrosa de establecer el monometalismo en el orbe entero, como si fuese el mejor sistema monetario; y con un talento y un empeño dignos de mejor causa, comenzaron su propaganda lamentable en la época más á propósito para que prosperase de un modo alarmante.

Los especuladores vieron en esta cruzada el cielo abierto para sus audaces especulaciones y, obrando de consuno con los idealistas, han producido en cinco lustros un verdadero desastre monetario, que ha dado al traste con la prosperidad del comercio; que ha quebrantado la industria, producido el pauperismo y arruinado los intereses fiscales de los pueblos cultos, haciendo cada día más difíciles sus relaciones comerciales, á causa de la baja creciente de la plata.

La propaganda de los platicidas no podía venir en sazón más oportuna, porque desgraciadamente estaba bien preparado el terreno para recibir la fatal semilla que debía producir muy pronto una cosecha tan abundante en desdichas.

Inglaterra, cuya capital, Londres, se había convertido de algunos años atrás en el mercado monetario del mundo entero, por lo cual tenía siempre en abundancia los metales preciosos que distribuía frecuentemente por Europa y por el Asia, acogió con entusiasmo, con verdadero frenesí el nuevo sistema y se convirtió en ardiente propagandista del monometalismo, cuya práctica le era tanto más fácil, cuanto que siendo, por decirlo así, una factoría metálica del orbe entero, pudo reservarse para sí el oro que necesitaba para surtir sus Casas de Moneda, en tanto que suspendía la acuñación de la plata.

Alemania, que por aquella época recibía cinco mil millones de francos por la indemnización de guerra, que pagó al contado la República Francesa, se entusiasmó también con el monometalismo, y no sabiendo qué hacer con tanto oro, tuvo la peregrina ocurrencia de desmonetizar la plata que circulaba en el Imperio Alemán, para venderla en lingotes como el más vil metal, causando con esta violenta medida un pánico terrible en el comercio del mundo entero y como consecuencia inevitable la baja creciente del metal blanco.

La culta Francia, siempre precavida y previsora en los asuntos económicos, encabezó la Liga Monetaria, para ponerse á cubierto de ulteriores desastres, y adoptó con los demás países contratantes un monometalismo convencional, que les permitía seguir usando ambos metales, el oro y la plata, como moneda legal. De esta manera se han salvado de un desastre inmediato los países que forman la Unión Latina.

En América sólo los Estados Unidos han adoptado el monometalismo; pues si bien es cierto que algunas pequeñas repúblicas han expedido varias leyes en este sentido, la verdad es que subsiste de hecho en ellas el bimetalismo, á causa de las dificultades materiales, invencibles, que se han presentado para el cambio del antiguo sistema monetario.

Además de estar bien preparado el terreno para fecundar la semilla del monometalismo, por la abundancia de oro que

había en Inglaterra y Alemania y por la avidez con que los especuladores secundaron la nueva medida, tenía ésta un poderoso é irresistible atractivo, porque convertía á los Gobiernos en especuladores por las enormes ganancias que les producía la acuñación de plata, que en grandes cantidades arrojaban á la circulación. El Gobierno de los Estados Unidos no ha tenido embarazo en confesar, en documentos oficiales, que ha obtenido por este medio un beneficio neto de cincuenta y seis millones de pesos, y Dios sabe hasta dónde hubiera llegado esta sisa escandalosa, si la política no hubiera tomado cartas en el asunto.

Pero la crisis se ha desatado de una manera terrible, como era natural, y amenaza ahogar en su seno á los promotores de esta catástrofe: lo más notable es que los países que más han sufrido son precisamente los que tanto alarde han hecho en favor del monometalismo.

Inglaterra ha perdido casi toda su clientela comercial, que en gran parte se componía de los países que usan la plata, y lo peor es que está corriendo mucho peligro de aplazar por largo tiempo el cobro de los créditos que tiene en América, porque el monometalismo ha hecho subir de tal manera el precio del oro, que ya va siendo imposible su adquisición, aun para aquellos países mejor dispuestos á hacer grandes sacrificios pecuniarios para conservar su crédito.

Los comerciantes, capitalistas, agricultores y fabricantes ingleses se quejan amargamente del descenso de los precios, á causa de la contracción del medio circulante.

A instancias repetidas de los comerciantes, la Cámara de Comercio de Londres ha expresado al Gobierno la urgencia de que se reúna á la mayor brevedad una Conferencia Monetaria Internacional, con objeto de conjurar la crisis producida por la baja de la plata; y el Gobierno ha ofrecido que si se reúne la Conferencia mandará á ella Representantes de la India.

El Emperador de Alemania trabaja cuanto puede en favor

de la reunión de la Conferencia; pero sus laudables esfuerzos se han estrellado ante el orgullo y egoísmo del Gobierno Inglés. Parece que en Alemania se ha decretado la acuñación de una fuerte cantidad de plata, con motivo de la grande escasez que hay de moneda.

En los Estados Unidos se siente cada día más la paralización de los negocios; la escasez de oro es ya muy alarmante, y la existencia del metal amarillo en el Tesoro ha disminuído considerablemente, á pesar de haber aumentado hasta la cantidad de \$ 35.950,000 la producción de 1893.

Estos son, á grandes rasgos descritos, los amargos frutos producidos por el monometalismo planteado con tan desdichada oportunidad en Europa y los Estados Unidos.

* * *

¿Cuál será, pues, el remedio de tantos males como ha producido el monometalismo?

La respuesta es obvia: volver inmediatamente al sistema bimetálico. La ciencia, la experiencia y hasta el simple buen sentido nos están diciendo á gritos que esa vuelta al buen camino será el remedio único, eficaz, infalible de la crisis actual. Felizmente se va uniformando la opinión en este sentido, después de las enormes pérdidas sufridas por todos los países del globo.

Economistas distinguidos, que gozan de una reputación universal, y que anteriormente sostenían el monometalismo, se han convertido ya al bimetalismo y lo sostienen con una energía y un entusiasmo dignos del mayor aplauso.

En Inglaterra y en Alemania, donde alcanzó tanto prestigio el sistema monometálico, se han instalado sociedades respetables, por el número y la calidad de las personas, para trabajar por el restablecimiento del bimetalismo, único medio de conjurar la terrible crisis monetaria que tantos y tan lamentables perjuicios ha causado al comercio internacional.

La prensa metropolitana ha publicado el siguiente cablegrama, recibido de los Estados Unidos en días pasados:

“Se han declarado abiertamente en favor del bimetalismo, varios banqueros en esta ciudad, universalmente conocidos. Y no sólo banqueros siguen el movimiento, sino también grandes comerciantes é industriales.

“Hasta hace muy poco tiempo el bimetalismo internacional era considerado como una quimera, en la que no podía pensar ninguna gente seria.

“Hoy Marshall, Field, Lyon, Gage, Pullman y otros cincuenta tan ricos y prominentes como los mencionados, creen firmemente en el bimetalismo internacional y se han comprometido á trabajar por todos los medios posibles para su inmediata adopción.”

Es indudable que renace á toda prisa la confianza en el bimetalismo; pero ¿será esto bastante para su adopción inmediata en todos los países cultos?

Cuestión es esta de difícil solución; y si he de decir toda la verdad, creo que esa vuelta inmediata y simultánea de los países civilizados al bimetalismo, es poco menos que imposible, porque cada día me voy convenciendo más de que jamás se llegará á un acuerdo internacional sobre este punto, porque en el largo período corrido de triste y desastrosa prueba se han creado intereses de consideración en sentido contrario.

Esto no obstante, tengamos fe y plena confianza en el éxito de nuestros trabajos, que al fin habrán de obtener un triunfo completo. Téngase presente que el sistema bimetálico, no ha necesitado acuerdo expreso internacional para su adopción en el mundo entero: su benéfica y secular existencia se debió únicamente á su bondad bien justificada; él irá reconquistando poco á poco, pero de una manera segura, el imperio del mundo entero, contando, como ha contado siempre, con el favor y la confianza del comercio universal.